

tel eran soldados de Cortés, por el orden que traían de Francisco de Garay, que estaba en Jamaica, y habia enviado á Pánuco al dicho Pineda, y que no se topasen con Cortés, huyeron, y dejaron los seis que se agregaron á Cortés.

59. Acordó como valeroso, aunque muy confiado, quitar las ocasiones de fuga, y trató con los pilotos que le dijese cómo los navíos no estaban de provecho: hizo que le pesaba mucho, y pidió consejo á todos, que dijeron seria mejor que se echasen al traves para aprovechar las velas y la jarcia y no perderlo todo; y que la gente de mar ayudaria á la fábrica de la fuerza: así se lo mandó á Juan de Escalante, que lo puso por ejecucion, dejando dos chinchorros para pescar: algunos dicen que de hecho hizo dar barrenos á los navíos; pudo ser que para que hiciesen agua de secreto lo ordenase, porque no es de creer que sin parecer de todos se ejecutase, porque á todos pertenecia, así el tener navíos como el valor de ellos. Vino Escalante con una capitania de los de la mar, que algunos de ellos salieron buenos soldados, y encomendado á los caciques, tomándole por la mano dijo que era aquel que quedaba en su lugar y su hermano, y luego le sahumaron, como dándole la obediencia, y se despidió de la armada con sus soldados para Villa Rica.

De la jornada que hizo Cortés para Tlaxcala, y lo que pasó hasta que entró en ella.

CAPÍTULO VI.

De la jornada que hizo Cortés para Tlaxcala, y lo que pasó hasta que entró en ella.

60. Bien considerada y dispuesta la jornada, fueron de parecer los caciques de Zempoala que fuesen por Tlaxcala por ser sus amigos y de los mexicanos enemigos. Salió, pues, en 16 de Agosto del año 519, habiéndose encomendado á la Virgen, con cuatrocientos soldados de á pié y diez y seis á caballo, y seis piezas de artillería, con 400 indios cargadores: acompañaronle los principales hasta la primer jornada: al otro dia llegaron á Jalapa, donde fueron bien recibidos; y de allí á otro pueblo pequeño; y de allí á Texotla, y en cada pueblo les predicaban y ponian cruces. Estos los recibieron con regalo, por ser de los confederados con Zempoala: aquí, entre unos venados, se quedó un potrillo, que despues de año y medio lo hallaron grande: entraron, pasada la sierra, en el despoblado, donde sintieron el frío y les llovió.

61. Pasaron á Xocotla, pueblo grande de vein-

te mil vasallos sujetos á México, que tenia trece templos, y donde tenia el mexicano cinco mil indios de guerra, que era costumbre tener en los pueblos grandes guerreros porque no se alzasen: luego que vieron las azoteas blanquear, dijo un portugues que se parecia á Castelnovo. Salió el cacique, llamado Olinteti, muy grueso, con dos indios que le servian de llevarle los brazos: tenia treinta mujeres y mas de mil criados: dió de comer, aunque no con abundancia: su plática fué de la grandeza de su señor; y aunque á algunos atemorizó su poder, á Cortés le dió alegría. Viéndole Cortés afable, trató de las cosas de la fe; y aunque quiso poner cruz, el padre Olmedo le disuadió diciéndo que podian usar algun desacato. Eran allí los sacrificios continuos, y de ellos habia muchas calaveras: los indios de Zempoala contaron los presentes que habia hecho Motecuhzuma, y así le presentaron cuatro esclavas y dos collares de oro bajo que agradeció Cortés para que moliesen, y retornó con algunas cosas. Admiró á los indios el ver á un lebre, que les pareció leon, y les dijeron que hacia pedazos á quien les hacia mal á sus amos; y que la artillería mataba á los que se atrevian; y los caballos les ponian temor; y juzgaron al principio ser todo uno, el caballero y el caballo; y habiendo descansado, prosiguieron.

62. Llegaron á Xacatzinco, de donde envió cuatro mensajeros Cortés á Tlaxcala con una carta, y

un sombrero verde oscuro y un recado pidiendo licencia para verlos, y remitió una espada y una ballesta para que conociesen la fortaleza de sus armas. Alborotóse la república de Tlaxcala, y juntaron á consejo: Maxixcatzin fué de parecer de recibirlos en paz, á quien seguian los mercaderes y vecinos. Temiloltecatl, uno de los señores, fué de parecer que se le enviase á decir que serian bien recibidos, y que juntamente saliese Xicotencatl el mozo, que era capitán, con los otomites, y que hiciese experiencia de su valor, porque si venciera quedaria la república con perpétua fama, y si fuese vencido se echaria la culpa á los otomites, como á bárbaros y atrevidos. Despacharon á dos de Zempoala con la buena respuesta, y á los otros detuvieron con intento de sacrificarlos.

63. Pasados ocho dias, en que aguardó á los mensajeros, trató de caminar: encontró con una cerca de piedra sin mezcla, de estado y medio de alto y veinte piés de ancho, que atravesaba el valle de una sierra á otra, que no tenia mas de una entrada de diez piés: los soldados mexicanos de Xocotla y otros pueblos que le acompañaban, le aconsejaban que fuera camino de Chololam y que no entrase en Tlaxcala porque temian no se confederara con los de Tlaxcala; pero siguió el consejo de los de Zempoala, y entró por la cerca. El capitán Iztacmixtitlan se despidió, dejándole trescientos guerreros, por no caer en la indignacion

de su señor por entrar en tierra de enemigos suyos. Caminaron tres leguas con orden militar, y apercebidos con corredores por delante; y habiendo caminado tres leguas, llegaron los mensajeros de vuelta, unos que fuesen muy en hora buena, y otros diciendo cómo los tenia atados para sacrificar y se escaparon, y que decian que los habian de matar á todos y se prevenian de guerra; cuando en esto, los que decian corredores divisaron seis indios que llamados corrieron: alcanzáronlos con los caballos, y ellos, cercando los corredores, mataron dos caballos: mandó Cortés que los alcanzasen, y á este tiempo aparece un escuadron de cinco mil indios, á quienes acometieron los nuestros, y desbaratados y muertos muchos indios, se retiraron, sin que los españoles recibieran daño. Mandó Cortés enterrar los caballos porque no los viesen muertos.

64. Al otro día vinieron mensajeros de Tlaxcala con comida y recado de que les pesaba del atrevimiento que habian tenido los otomites, que si querian pagarian los caballos. Cortés los despidió con agradecimiento: alojóse junto á un arroyo, sitio acomodado, donde cenaron de unos perrillos que hallaron, y de un indio sacaron unto para curar las heridas. A la mañana, en dos de Setiembre, yendo caminando encontraron con dos escuadrones que tendrian seis mil guerreros. Envió Cortés con tres prisioneros que el día ántes se habian preso, á requerir que no diesen guerra, y ante escribano

los requirió por tres veces, y ellos respondieron con flechas y tiros, y luego Cortés dijo: Santiago y á ellos, y les mataron muchos: fuéronse retirando á unas quebradas donde estaban cuarenta mil con Xicotencatl el mozo, y no pudiendo allá valerse de los caballos, fueron pasando con harto peligro hasta que se plantó el ejército en llano. Esta fué de las mayores batallas que tuvieron, pues casi duró todo el día: salia Cortés á esforzar á los castellanos, y temeroso el capitán de los de Zempoala, lo animó Marina con decirle que el Dios de los cristianos los habia de sacar victoriosos: salieron muchos heridos; pero ninguno de los castellanos muerto. A Moron le mataron la yegua, y despues la repartieron los tlaxcaltecos en pedazos, y las herraduras ofrecieron á su dios: mataron cuarenta capitanes de los principales y muchos indios, prendieron quince y fuéronse á un pueblo que tenia una torrecilla fuerte; con el unto curaron los heridos y cuatro caballos, y al otro día murió Moron de las heridas: aquella noche cenaron bien y descansaron. Soltaron los principales con recado que llevaron de paz, y Xicotencatl el mozo juzgando era de temor, hizo juntar hasta cincuenta mil guerreros.

65. A cinco de Setiembre, despues de haber descansado dos días, apareció el ejército de Xicotencatl, y quiso la dicha de los castellanos que habian reñido los capitanes con él para no apretar; y

así, luego que empezó la refriega, aunque al principio se había desbaratado el escuadron de los castellanos, á voces de Cortés los puso en concierto, y de milagro, con ser tantos los contrarios y estar casi todos heridos, volvieron las espaldas, de que quedó Xicotencatl corrido, y no siguieron el alcance por estar cansados. Volvieron victoriosos, y con haber muerto á un soldado y herido mas de sesenta, dieron gracias á Dios; y á tres principales que cautivaron los enviaron á la cabecera con recados de paz, y juntaron á los hechiceros, que dijeron que hasta puesto el sol eran sus fuerzas, pero de noche quedaban sin ellas: avisaron á Xicotencatl, y determinó juntar un ejército para de noche.

66. En ínterin que se juntaban, anduvieron los castellanos por aquellos pueblos; y aunque prendieron veinte indios y otras tantas indias, Cortés los agasajó y regaló; y sueltos fueron á la cabecera á dar noticia: probaron una noche á ver si era verdad, y como estaban apercebidos, les fué mal, porque como hacia luna y era en lo llano, pudieron seguirlos: aunque mataron á un indio de Zempoala y salió un soldado y un caballo heridos, determinaron las paces Maxicatzin y Xicotencatl el viejo: el mozo contradice las paces y envia un recado falso á Cortés y muchas aves y comida. Descubren ser espías los que enviaba el mozo Xicotencatl, y apriétanles en que digan la verdad, y declu-

ran que en aquella noche tenían armada la traicion, y ser espías. Córtales las manos á unos y los dedos á otros, y enviales á decir que así los habia de poner á todos; y determina ir con su ejército adonde estaban, y que se pusiesen cascabeles á los caballos: y estando los espías dando razon de lo que les habia sucedido, carga de repente Cortés, y con el susto desbaratados huyen á los montes, y hacen un estrago en ellos los castellanos.

67. Con este suceso y experiencia de que eran tan valientes de dia como de noche, determinaron las paces. El emperador Motecuhzuma, que ya tenia noticia de las victorias, envia un regalo de mil pesos de oro y muchas mantas, temeroso de que no se confederaran con sus enemigos: envian á decir que va ya á México. En presencia de los mexicanos vienen los de Tlaxcala, guiados de Xicotencatl el mozo, en nombre de la República, á rogarle que admitiese su amistad, porque temieron se uniese con los mexicanos. Respondió Cortés, que aunque le habian dado guerra de dia y de noche, se los perdonaba porque ya no tenia remedio; pero que miren que las paces han de ser firmes, porque si no los habia de destruir; que por entónces estaba purgado (porque le dieron calenturas, y á fray Bartolomé de Olmedo), no determinaba su ida; que iria á su ciudad. Despidiéronse, y los cinco principales mexicanos avisan á Motecuhzuma cómo determinaba entrar en Tlaxcala, y de las paces hechas; y

al punto envia un presente de tres mil pesos de oro y doscientas mantas de labores, y envia á decir que no se fiase de los tlaxcaltecas, que le convidaban por quitarles el oro y mantas, porque son muy pobres. Cortés responde, que agradece el aviso; pero que entienda, que solo que les pase por el pensamiento lo ha de saber, y les ha de quitar las vidas. Y estando en esto, vienen muchos caciques á avisar que en persona vienen los señores. Detuvo Cortés á los mexicanos para que fuesen con él á Tlaxcala, diciéndoles que en su aposento estarian con él seguros, y de allí los despacharia, y verian cuán servidor era y amigo de su señor, á quien esperaba ver y hablar.

CAPITULO V I I

De la ida á Tlaxcala, y lo que sucede hasta la salida para México.

68. Aunque los castellanos, viéndose heridos y apocados (porque ya faltaban cincuenta y cinco, que de heridos habian muerto y enterrado); le persuadian á Cortés que se volvieran á Villa Rica y á Cuba, á que respondió, que más valia muertos honradamente que vilmente retirados, pues les tendrian por cobardes, y que haciendo la causá de Dios y del rey, serian de Dios (como hasta entónces) favorecidos, se determinó á pasar adelante. Llegaron en sus andas los caciques viejos, con mucho acompañamiento. Salió Cortés, aunque segundo dia de purga, á recibirlos: luego que le vieron Maxicatzin, Xicotencatl el viejo, Tlehuexolotzin y Chichimecateutli, le hicieron tres reverencias, tocando con la mano el suelo y besándola, y con copal le saharon; y habló Xicotencatl, diciéndole: Malintzin, nombre que le pusieron á Cortés por Marina que le acompañaba siempre como intérprete; no tene-

mes la culpa de las guerras que los otomites como bárbaros, juzgando que eras confederado con Motecuhzuma, te hicieron; y así, te suplicamos te vengas á nuestra ciudad, donde te serviremos. Respondió, con alegre semblante, que todo lo creía, y agradecia la oferta; que ya se hubiera ido, si hubiera tenido quien le llevara su fardaje y artillería. Y al punto mandaron á quinientos indios ayudasen; y salió para Tlaxcala en 23 de Septiembre, donde le recibieron con flores y sahumerios, y junto con los de Zempoala se aposentaron los soldados, á quienes encargó la vela y apercebimiento, y con Cortés los mexicanos. Proveídos fueron de todo regalo; y sintiéndose del cuidado que habia en las armas, dijo Cortés, que era ley y en los castellanos costumbre: y despachó á los mexicanos con recado que iria á México: *inter omniaque sup etiam abaruit*

69. Al otro dia mandó Cortés poner el altar; y que dijese misa el padre Juan Diaz, porque el padre de la Merced estaba enfermo. Trujeron un presente de mantas burdas, pidiendo perdon de que no tenían oro ni joyas: valia hasta veinte pesos. Cortés les repartió las mantas labradas de México. Trujeron otro dia cinco doncellas hermosas, y Cortés dijo que las agradecia; pero que las tuviesen en sus casas hasta que creyesen la fe de Jesucristo. Hubo ocasion para que por la lengua de Marina, que ya estaba diestra, se les dijese que dejasen los ídolos y sacrificios: ellos, algo apasio-

nados, no venian en dejar sus dioses; y el padre y los caballeros Pedro de Alvarado, Lugo y Leon, le dijeron á Cortés, que se empeñaba en persuadirlos, se dejase por entónces. No obstante, mandó limpiar y encalar un templo de aquellos, mucho, y puso una cruz y una imágen de nuestra Señora. Catequizaron las doncellas; y en presencia de muchos fueron bautizadas y repartidas: á la hija de Xicotencatl, llamada doña Luisa, le cupo en suerte Pedro de Alvarado, de quien tuvo un hijo don Pedro, y una hija doña Leonor, que fué mujer de don Francisco de la Cueva, primo del duque de Alburquerque, del hábito de Santiago, y gobernador que fué de Guatemala. La hija de Maxicatzin, llamada doña Elvira, la dió á Juan Velazquez: á éstas por señoras regalaban; las otras, hijas de principales, dió á Cristóbal de Olid, á Gonzalo de Sandoval, y la otra á Alonso de Ávila. *que estuy estas en la colina*

70. En diez y siete dias que estuvieron en Tlaxcala, se informó Cortés de México y su sitio, y de la fundacion de Tlaxcala, que la habitaban gigantes, y le trujeron huesos que envió á España; de la profecía que tenían de un ídolo, que vendrian hombres de donde sale el sol que habian de ser señores de la tierra; y que tenían por cierto serian los castellanos, porque luego que se supo su llegada, el volcan arrojaba mucho fuego: y Diego de Ordaz pidió licencia para ir á verlo. Fué con dos soldados y algunos principales de Huexotzin-

go y Tlaxcala los indios no se atrevieron á subir y él llegó hasta la boca, que no poca admiracion causó á los naturales; y por esta accion se lo dieron por armas cuando fué á Castilla. Halló en Tlaxcala cárceles de maderos gruesos, donde tenian para sacrificar muchos niños y grandes, y con razones convenció á los señores; mandó quebrar las cárceles y librar los presos. Envió á los de Cholula mensajeros para que vinieran á dar la obediencia al gran señor que los enviaba.

71. El emperador Motecuhzuma en interin consultaba sus dioses, y fuéle respondido que los dexasen entrar en México, y que allí podrian á su salvo matar á los castellanos; y así despachó quatro principales á Tlaxcala con un presente de joyas de diversas figuras y diez cargas de mantas labradas, diciendo que se maravillaba estuviere tantos dias entre gente pobre en Tlaxcala, cuando le esperaba para servirle. Estando en este razonamiento, vinieron con bastimento de Cholula: eran quatro indios plebeyos, de que le avisaron los de Tlaxcala, y determina ir á México por Cholula. Los de Tlaxcala le replican, diciendo que son traidores, y que se guarde del poder mexicano, y que sería bien llevar diez mil guerreros que le ofrecian. Cortés admitió dos mil; y aunque llevaban los castellanos á mal el irse á México y le persuadian que volviesen por más soldados, ó que se esperase socorro para tan gran poder, fiado en el

de Dios, siguió su intento, y ántes de salir repartió á los caciques de Tlaxcala muchas mantas labradas, que fueron de ellos estimadas.

72. Salió con orden el ejército para Cholula una mañana, y hicieron noche á la falda del rio, donde hoy está la puente de piedra, donde fueron regalados: pidieron á Cortés que los guerreros tlaxcaltecas, por ser sus enemigos, no entrasen en Cholula; y dió orden á Cristóbal de Olid que les dijese esperasen en el campo para cuando fuesen avisados, y á Tlaxcala envió á decir le tuviesen los demás prevenidos. Despues que fueron con sus ceremonias recibidos, y juntos los de Zempoala y los tlaxcaltecas de carga aposentados, á pocos dias dijeron que no tenian que darles de comer; y vinieron de México mensajeros á decir á Cortés que no fuese á México, porque sus vasallos estaban armados para no recibirlo. Cortés envió á decir que se admiraba que un tan gran señor no tuviese palabra, ni poder para gobernar sus vasallos. Los de Zempoala descubrieron cómo en las calles habian hecho hoyos con estacas, y por encima tierra falsa para que los caballos cayesen. Llamó Cortés á dos sacerdotes, y supo de ellos que habia veinte mil guerreros para que al salir de Cholula les diesen guerra; y á Marina le avisó una vieja de la traicion, que compadecida le rogaba se fuese con ella para que se librase. A toda diligencia dispuso, con secreto Cortés, el darles el castigo. Avisó á los que estaban

